6450

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

MADAPOLÁN, HERMANOS.

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ESCRITO SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

LUIS TABOADA Y FÉLIX G. LLANA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1886.

3

ADICION AL CATALOGO GENERAL DE 1.° DE JUNIO DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS.

Llomb.	Mujes.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administración.
»	»	Amalio Crinolina	1	D. Luis Valdés	Todo.
3	2	A tomar baños—j. o. v.	1	José M. Alvarez Ballesteros.	»
»	»	Al sant per la peaña	1	Manuel Millás	»
»	»	Amar per llana	1	Manuel Millás	»
»	»	Bous de carró	1	Manuel Millás	»
6	»	Buzon de peticiones—c. o. p.	1	Manuel Ramos	»
»	»	¡Cómo se pasa la vida! *monólogo* (1)	1	A. Llanos	»
»	»	Cólera vostras	1	Eduardo Aulés	»
»	»	Como barbero y como alcalde	1	F. Flores Garca	»
»	»	Conflicto matrimonial	1	Julian García Parra	»
»	»	Conspiracion femenina	1	Minguez y Rubio	»
»	»	De la quinta al sêtimo	1	Ramon de Marsal	»
2	1	Dos suicidas c. o. p	1	Angel del Palacio	»
»	»	Duo paternal	1	Juan Redondo y Menduiña	»
»	»	El amigo Frito, *parodia*	1	Felipe Perez y Gonzalez	»
»	«	El conde de cabra	1	Granés y Felipe Perez	»
«	«	El diablo harto de carne	1	Francisco Flores García	»
«	«	El marqués de Miragall	1	Manuel Millás	»
»	»	Els microbios	1	Manuel Millás	»
2	3	El novio de Doña Inés—j. o. p.	1	Javier de Búrgos	»
9	1	El pillo y el caballero, *parodia*	1	Juan M. Eguilaz	»
»	»	El ventanillo	1	José Estremera	»
»	»	En lo mich del Mercat	1	Manuel Millás	»
3	2	En los baños de Ortaneda—j. o. v.	1	José M. Alvarez Ballesteros.	»
3	1	Entrada por salida	1	Calisto Navarro	»
«	»	¡Felices páscuas!	1	(Autor anónimo)	»
»	»	Gabinete magnético	1	Fran. Serrano de la Pedrosa	»
»	»	Géneros de punto	1	Pedro de Gorriz	»
»	»	Juez y parte	1	Minguez y Rubio	»
»	»	La choza del Pescador	1	José Boladares	»
»	»	La de principal	1	Javier de Búrgos	»
»	»	La costilla de Perez	1	M. Ramos Carrion	»
2	2	La manzana—c. o. p.	1	Felipe Perez y Gonzalez	»
»	»	La muerte de Lucrecia—t. o. v.	1	Leopoldo Cano	»
»	»	La pantalla	1	Juan Redondo y Menduiña	»
5	2	La partida de bautismo—j. o. p.	1	Pedro de Gorriz	»
»	»	La Plaza Mayor el dia de Noche-Buena	1	Ramon de Marsal	»
»	»	Lo diari ho porta	1	Eduardo Aulés	»
5	1	Los Carvajales—d. o. v.	1	M. Martinez Barrionuevo	»
»	»	Los mártes de las de Gómez	1	Mariano Barranco	»
»	»	Los postres de la cena	1	Mariano Barranco	»
»	»	Lletra menuda	1	Eduardo Aulés	»
»	»	Maridos al por mayor	1	Julian García Parra	»
»	»	Musich pagat	1	Eduardo Aulés	»
»	»	No hay peor sordo	1	Manuel Millás	»
»	»	Para postres, palos	1	Manuel Millás	»
»	»	Por ir al baile	1	Manuel Millás	»
»	»	Parada y fonda	1	Vital Aza	»
»	»	Pension de demoiselles	1	Vital Aza	Mitad.
»	»	Pension de demoiselles, *música* (2	1	Pablo Barbero	Toda.
3	2	Política interior—c. o. p.	1	F. Flores García	Todo.
»	»	Remedio heróico	1	Eusebio Sierra	»
»	»	Retratos al viu	1	Manuel Millás	»
»	»	Ropas hechas	1	Joaquin Barbera	»
»	»	Una agencia de criaes	1	Manuel Millás	»
»	»	Una cojida	1	Manuel Millás	»
»	»	Un cambio de situacion	1	Felipe Perez y Gonzalez	»
»	»	Viruelas locas, *parodia*	1	F. Flores García	»
»	»	Volaverunt del altar	1	Manuel Millás	»
»	»	Brazos de pega	2	Manuel Millás	»
»	»	Ganar con creces	2	Juan N. Escobar	»
3	3	Corazon de hombre	3	Pedro de Novo	»

(1) Este monólogo devenga la *mitad* de los derechos de las comedias en un acto.
(2) Esta música, sin la que no podrá ejecutarse la obra, devenga separadamente una *tercera parte* de los derechos de las comedias en un acto.

MADAPOLAN, HERMANOS.

MADAPOLÁN, HERMANOS.

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ESCRITO SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

LUIS TABOADA Y FÉLIX G. LLANA.

Representado con extraordinario éxito en el Teatro de LARA el día 17 de Febrero de 1886.

MADRID,
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, *principal.*

1886.

PERSONAJES,	ACTORES.
CLARA	Sra. Gorriz.
GABRIELA	Srta. Romea D'Elpás.
GERTRUDIS	Sra. Mavillard.
MISS DEBORAH	Sra. Romero.
FRUTOS	Sr. Romea.
JONATÁS	Sr. Ruiz de Arana.
ANTOÑITO	Sr. Romea D'Elpás.
ANICETO	Sr. Tamayo.
JUAN	Sr. Serna.

La acción en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales hayan celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírica-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala bien amueblada; puertas laterales y otra al foro. Ventana á la derecha. Velador á la izquierda. Armario de luna, etc.

ESCENA PRIMERA.

CLARA y GABRIELA. La primera cosiendo junto al velador. La segunda acicalándose frente al espejo.

GAB. Ni con un candil se hubiera encontrado una preceptora como tú. Eres el prototipo de la formalidad, de la circunspección.

CLARA. ¡Si llamas circunspección á los buenos consejos que te doy!...

GAB. Bien hizo mi padre en dejarte aquí en calidad de mamá interina, de fiel guardadora de mi virtud... (Transición.) ¡Cómo si yo no supiera guardarme sola!

CLARA. No lo dudo.

GAB. Pero ya se ve; él tiene de tí tan buena opinión, que viviendo su hermana en esta misma casa, no ha creido prudente encomendarle mi custodia y te ha preferido, como superior en merecimientos.

CLARA. ¿Te pesa, acaso, que sea yo tu preceptora?

677070

GAB. ¡Tanto como pesarme!... pero debo declarar francamente que no eres para mí todo lo amable que yo quisiera. Dos meses hace que se fué mi padre á Nueva York y sólo me has llevado al teatro cuatro veces. ¡Cualquiera diría que te asusta la sociedad! No te pareces á mi tía, que da tés literarios, sólo para tener ocasión de comunicarse con el mundo.

CLARA. Sí; para que después el mundo se ria de ella y de sus tés.

GAB. Es una de nuestras primeras literatas... No hace muchos días que salió su retrato en *El Eco de la Mujer*, periódico consagrado á la defensa del sexo en todas sus manifestaciones.

CLARA. Esas mismas tareas á que se entrega diariamente, han sido la causa de que tu padre buscase en mí los cuidados que ella no podía concederte. Al fin y al cabo, yo soy una mujer á quien las vicisitudes de la vida han obligado á pensar sériamente.

GAB. Cualquiera diria, al oirte, que eres una anciana venerable.

CLARA. No por cierto; pero lo que no han hecho los años, lo ha conseguido mi adversa fortuna, y hoy tengo la experiencia necesaria para no cometer locuras. Ya ves, huérfana á los diez y ocho años, he tenido que arrostrar una vida triste, y gracias á tu buen padre, tengo hoy un asilo y una familia.

GAB. ¡Mi padre! Deseo ardientemente que vuelva de su dichosa excursión. Es mucho más complaciente que tú.

CLARA. ¿Tienes queja de mí?

GAB. Algo podría decir sobre el particular. ¡No me ha costado poco trabajo que me dejes salir hoy á visitar las tiendas con mi tía!

CLARA. Porque no has hecho nada en toda la semana. Tienes olvidado el piano y el francés. A ti en quitándote de tus novelas....

GAB. Vamos, Clara; yo te prometo estudiar desde mañana como un verdadero colegial.

CLARA. ¿Y me prometes también no llamar la atención de los vecinos?

GAB. ¿De los vecinos?

CLARA. ¿Crees que no te veo colgada del balcón á todas horas esperando á Antoñito?

GAB. Perdona que te diga que exajeras. Puedo asegurarte que nada me ha dicho.

CLARA. Entonces, ¿por qué viene aquí todos los días?

GAB. ¡Qué sé yo!

ESCENA II.

DICHOS y ANICETO que trae un cesto y lo deja sobre el velador.

ANIC. ¿Están ustedes disputando?

GAB. ¡Ah! Es el tío Aniceto.

ANIC. Buenos días.

GAB. ¿Y la tía? ¿Se ha vestido ya? Vamos á salir juntas.

ANIC. Ahora no vengo de casa. Cuando yo la dejé quedaba con «Neron.»

GAB. ¿Quién es «Neron?»

ANIC. No tengo el gusto de conocerle, pero así se titula un libro que está escribiendo mi mujer hace tiempo.

CLARA. Que señora tan laboriosa.

ANIC. Laboriosísima. Se pasa la vida entregada al papel de barbas; (Al ver á Gabriela que registra el cesto.) ¡Por Dios, Gabriela!

GAB. ¿Qué lleva usted aquí?

ANIC. Huevos.

GAB. ¿Viene usted de la compra?

ANIC. Te diré; vengo sin venir. Á lo mejor se me ocurre dar un paseo por la plazuela y me fijo en los comestibles por fijarme en algo. Hoy he visto esos huevos y pregunté á la vendedora: ¿Son frescos? Acabaditos de poner, me contestó. Entonces, sin saber cómo, fuí y le compré una docena.

GAB. ¡Calla! Un repollo...

ANIC. Sí: También compré ese repollo.

CLARA. ¿Estaría acabado de poner?...

GAB. Se conoce que es usted hombre prevenido. ¡Sale usted á paseo con la cesta de la compra!...

ANIC. Te diré; la cojo siempre por equivocación, creyendo que es el paraguas.

CLARA. ¡Claro! ¡Como tienen la misma forma!...

ANIC. Justamente.

GAB. Pero, ¿qué es lo que hace la criada?

ANIC. Bastante tiene que hacer si ha de cuidar la casa cuando yo no estoy en ella. Puede llamar el aguador ó el carbonero, y no es cosa de que tu tía deje á «Neron» para abrir la puerta.... Como hace poco que saliste del colegio, tú no conoces bien á tu tía; Gertrudis no es un sér como los demás. Es una mujer superior.

GAB. ¿Superior á qué?

ANIC. Á todo el mundo, y en particular á mí; lo digo con orgullo. Me anonada con su superioridad. Cuando me casé, tu difunto abuelo me dijo al salir de la iglesia: Aniceto, llevas una esposa de lo poco que se encuentra en el mundo; puedes estar satisfecho, porque Gertrudis no es de esas mujeres que pierden el tiempo en zurzir calcetines ni en repasar la ropa de la lavandera. Es una chica de talento, íncapaz de poner un cocido; pero el día en que se proclame en España la emancipación del sexo, Gertrudis podrá ser *gobernadora* civil ó *jefa* de órden público.

CLARA. Y mientras no le hacen todas esas cosas ¿en qué se ocupa?

ANIC. ¿En qué se ocupa? ¡Pues si trabaja muchísimo... intelectualmente y está al tanto de cuanto ocurre... fuera de su casa! Ahora anda muy atareada con motivo del movimiento socialista de Inglaterra.

GAB. ¿Y qué puede importarle?...

ANIC. ¿Que nó? Precisamente, eso de los movimientos le ha preocupado toda la vida. Pero hablemos de lo que nos

interesa (Á Clara). ¿Ha habido carta de mi cuñado?

CLARA. No, señor.

ANIC. ¡Demonio! ¡Un mes sin escribir! Verás, verás cómo no ha podido averiguar el paradero de su hermano y va á ser infructuoso el viaje. Y el caso es que esto dará lugar á dilaciones y enredos. Será necesario hacer una información judicial en que conste que ese heredero no está en ninguna parte. Sí... habrá sido muy capaz de morirse sin escribir dos letras á su familia... ¡Oh! Tu tío ha sido siempre un tío en toda la extensión de la palabra (Á Gabriela).

GAB. ¿No es lúnes hoy?

CLARA. Sí.

GAB. Pues hoy es día de correo. Tal vez recibamos carta....

ANIC. ¿Lúnes? ¡Caracoles! (Habrá ido la lavandera y tengo la ropa sin contar...) Abur.

GAB. Espere usted. Yo subo también á ver si está lista la tía.

ANIC. ¡Ya lo creo que estará lista! Es para lo único que abandona el bufete: para salir á paseo.

CLARA. Que volvais pronto (Á Gabriela).

GAB. No tengas cuidado, que no me comerán. (Con entonación cómica.)

CLARA. (Besándola.) Hasta luego.

ANIC. (Estoy por dar á la lavandera las fundas blancas de la sillería. ¡En el último té que ha habido en casa, me preguntó un convidado si eran de gutta-percha!...)

GAB. ¿Viene usted, tío? (Desde el foro.)

ANIC. (Se las doy sí; se las doy.) (Vase.)

ESCENA III.

CLARA, después ANTOÑITO.

¡Pobre hombre! Es un marido hacendoso, pero sus virtudes no tienen recompensa. ¡Los hombres son lo más inconsiderados! digo, no, las mujeres... ¡Ah, Antoñito! La visita de todos los días.

ANT. ¿Está usted buena? (Desde el foro.)

CLARA. Pase usted.

ANT. Muchas gracias. Como hace tanto tiempo que no sé de ustedes, venía...

CLARA. ¡Sí, ha estado usted ayer!...

ANT. Es verdad; ya no me acordaba. ¿Y Gabriela?

CLARA. Ha salido con su tía.

ANT. ¡Caramba!

CLARA. ¿Lo siente usted?

ANT. No, no es eso.

CLARA. ¿Como ha dicho usted «caramba»?

ANT. Es que yo, cuando me constipo, siempre estoy diciendo «caramba.» Sé que es una interjección atrevida, pero no me puedo contener; por lo demás, me alegro de que no esté Gabriela.

CLARA. ¿Eh?

ANT. Sí, porque venía á hablar con usted en secreto.

CLARA. ¿En secreto?

ANT. Una conferencia íntima... muy íntima. Pero antes debo preguntar á usted, segun costumbre, si ha habido noticias de don Frutos.

CLARA. Ninguna, y esto nos hace creer que debe estar en camino.

ANT. ¿Ya?

CLARA. Para lo que tenía que hacer en Nueva-York, tarda demasiado. Ya conoce usted el objeto de su viaje.

ANT. Sí. (Tose.) ¡Caramba! Tengo tal predisposición á los catarros... ¿Qué dirá usted que es lo que me ha constipado?

CLARA. ¿Algún aire?

ANT. Eso mismo. Al pasar por la calle del Príncipe, me puse á contemplar el escaparate de La Palma, donde hay unos adornos para vestidos de señora que son una preciosidad. De pronto... *tras*, comenzaron á sacudir una alfombra desde un balcón de la acera de enfrente... y cogí este catarrazo.

CLARA. No veo la consecuencia.

ANT. Me constipó el aire de la alfombra.

CLARA. ¡Qué exajeración!

ANT. No crea usted que exajero. Á mí me constipan hasta los estornudos de los demás.... ¿Con que dice usted que don Frutos debe llegar de un momento á otro?

CLARA. Eso es lo que presumimos

ANT. Para posesionarse de la fábrica de pastas alimenticias, sita en el barrio de Pozas.

CLARA. Exactamente. Una fábrica magnífica.

ANT. Que vale cuatro millones. ¡Buena breva! (Tose.) ¡Caramba!

CLARA. El fundador de la fábrica, tío de mi padrino, había logrado montar su industria á una altura respetable. Era hombre muy inteligente, aunque algo excéntrico.

ANT. Sí, un oso, que en paz descanse.

CLARA. Diez años hacía que se negaba á recibir á sus únicos parientes, mi padrino y su hermana Doña Gertrudis. Mi padrino se resignó entonces á vivir con el producto de esta casa, que es de su propiedad, y Doña Gertrudis con las escasas rentas de su marido; pero muere de pronto el tío fabricante, sin hacer testamento....

ANT. Y hereda cada uno dos millones.

CLARA. No; porque hay un tercer heredero. Un hermano de mi padrino que reside en Nueva-York hace muchos años. Mi padrino no ha querido vender la fábrica y propuso á su hermana la formación de una Sociedad á fin de seguir explotando aquella industria, y su viaje á Nueva-York tiene por objeto conseguir que el tercer heredero se asocie también.

ANT. ¡Caramba!... Pero es el caso que nada de eso me importa. Yo venía á tener con usted....

CLARA. ¿Eh?

ANT. Una conversación íntima. ¡Si usted supiera lo impresionable que soy! No hay más que ver la facilidad con que me constipo.

CLARA. Hable usted.

ANT. Pues bien, Clara; yo conocí á usted hace cinco ó seis

años.

CLARA. Es cierto.

ANT. Iba usted todas las tardes con su papá á echar pan á los gansos del Retiro... Yo estaba allí.

CLARA. Exactamente.

ANT. Y la miraba á usted con admiración. Después, su papá de usted, se murió sin saber cómo.

CLARA. ¡Qué doloroso recuerdo!

ANT. Y su padrino, don Frutos, la trajo á usted á esta casa en calidad de hija.

CLARA. ¡Gracias á él, he podido librarme de la miseria!

ANT. Don Frutos es una excelente persona, aunque feo.

CLARA. ¡Antoñito!

ANT. No; es justicia. Yo la he seguido á usted con afán, con vivísimo interés, porque yo...

CLARA. ¿Qué?

ANT. Yo la amo á usted hace seis años.

CLARA. ¿Qué dice usted?

ANT. No; hace cinco años y medio

CLARA. Pero ¿se ha vuelto usted loco?

ANT. Sí; loco de amor.... Tengo un destino en Hacienda, que me dieron pocos días después de mi nacimiento; además, tengo un tío... Clara, yo me quiero casar cuanto antes.

CLARA. Vamos, tranquilicese usted.

ANT. ¿Eso es decir que puedo esperar?...

CLARA. Eso es decir que ha equivocado usted los caminos.

ANT. ¿Qué dice usted?

CLARA. Que no soy yo, sino Gabriela, la persona á quien usted ama.

ANT. ¿Gabriela?

CLARA. Reflexíone usted bien.

ANT. ¡Caramba! (Tose) El caso es que Gabriela me gusta...

CLARA. ¿Lo ve usted?

ANT. Pero yo creo que me gusta usted más. Digo, á mí me parece....

CLARA. Está usted equivocado.

ANT. Podrá ser. Tendría gracia que no supiera yo mismo...

CLARA. Y como Gabriela es una chica honesta...

ANT. No sabía nada.

CLARA. ¿Cómo?

ANT. Digo que no me había enterado de que es á Gabriela á quien yo... Sí; es muy guapa... ¡Caramba! ¿Quién me había de decir á mí que estaba enamorado de Gabriela?

CLARA. Usted sabe que la mujer es como el cristal.

ANT. Es la primera noticia que tengo.

CLARA. Pues bien. Unas relaciones largas la expondrían á la crítica de la sociedad. Debe usted casarse pronto.

ANT. Sí que me casaré. Yo, fuera de las horas de oficina no tengo nada que hacer...

CLARA. ¿Con que quedamos?...

ANT. En que amo á Gabriela, sí señora; la amo. La cuestión es amar á alguien.

ESCENA IV.

DICHOS y JUAN; después D. FRUTOS y MISS DEBORAH.

JUAN. Señorita Clara...

CLARA. ¿Qué?

JUAN. El señor.

CLARA. ¿Cómo?

JUAN. El señor, que acaba de llegar.

CLARA. Mi padrino.

ANT. Don Frutos. Mi futuro suegro.

FRUTOS. (Dentro.) Por aquí, Mis Deborah, por aquí.

CLARA. (Abrazándole.) ¡Mi buen padrino!

FRUTOS. Sí; tu padrino, tu único y legítimo padrino.

CLARA. ¡Qué alegria!

FRUTOS. Mucha, mucha alegría. ¡Calla! Está aquí Antoñito. Un abrazo (Le abraza). Y esos catarros, ¿cómo siguen?

ANT. Mal. Ayer estrené uno.

FRUTOS. ¿Pero dónde está mi hija? ¡Gabriela!

CLARA. Ya no debe tardar. Ha salido con su tía. ¡Como no le

esperábamos á usted!...

FRUTOS. He querido sorprenderos. ¡Chica, qué vapores los norte-americanos!... Son como la pólvora. ¡Oh, gran nación! ¡Colosal nación!... (Oyese hablar dentro á Miss Deborah.) Sí, los equipajes. (Va á buscar á Miss Deborah.) Apropósito, Clara; te presento á Miss Deborah, una persona que... una gran persona; en fin, ya verás, ya verás qué persona.

CLARA. Señorita....

DEBOR. ¡Aoh! (Saludando.)

FRUTOS. Miss Deborah; mi amigo Antonio Cuadradillo, visita de la casa.

DEBOR. ¡Aoh! Mucho bonito.

FRUTOS. Joven de prendas estimables y funcionario público desde su más tierna edad.

DEBOR. ¡Yés! ¿Cuánto vale?

ANT. Señorita; yo no soy quien debo decírlo. Mi modestia...

FRUTOS. (Riendo.) Jé... jé... jé... No, no es eso. Tú no conoces las costumbres americanas. Miss pregunta cuál es tu valor metálico.

ANT. ¿Quiere acaso comprarme?

FRUTOS. Tampoco. (Riendo.) ¡Pero qué atrasados estais aquí!... Desea saber el estado de tu caudal. Allá es lo primero que se pregunta... (Á Deborah). Este joven vale seiscientos dollars de sueldo anual en la Dirección de Contribuciones, y además un tío.

DEBOR. ¿Un tio? Nao conosco esta moneda.

FRUTOS. Un tío á quien heredará.

ANT. Sí señora; á eso vamos, aunque me esté mal et decirlo.

FRUTOS. Un tío que ha ganado un dineral con unas pildoras de su invención para curar las irritaciones de la garganta.

DEBOR. ¡Aoh!

FRUTOS. ¡Como aquí se habla tanto!... Donde hizo más negocio fué en el Congreso.

DEBOR. Un jóven mucho hermoso... bien configurado. (Tocándole.)

ANT. (¡Caramba! ¡Cómo me manosea!)

FRUTOS. (Frotándose las manos.) Veo que te extrañan estas cosas. Es natural. ¡Si tú supieras lo que son los Estados-Unidos!... Un país práctico, esencialmente prático. Allí la base de todo es el *dollar* contante y sonante. Yo soy entusiasta por aquel pais.

CLARA. ¿Con que se ha vuelto usted?...

FRUTOS. Yankee, hija mia; yankee por los cuatro costados; completamente yankee. Mira: gaban de cuero, de lana... Dibsón *hausse; hausse* quiere decir, *casa*; pantalón de cuero de algodón... Jobsón *hausse;* chaleco de cuero, de seda... Tripsón *hausse*, Camisa de cuero de hilo... Blagsón, *hausse;* zapatos de caout-chouc-cuero; sombrero de cuero, de felpa; petaca de cuero... de cuero, Hauton *hausse*... Cigarros....

ANT. ¿De cuero?

FRUTOS. No; de papel metálico impermeable é incombustible.

ANT. (Pues no veo el cigarro.)

CLARA. ¿Pero, esa ropa debe molestar mucho?

FRUTOS. Muchísimo; pero es magnífica, magnífica! Norte-Americana pura. ¡Qué nación aquella!... ¿Sabes que yo tomaría algo?

DEBOR. Yés; un piqueño *lunch*. (Sentándose.)

FRUTOS. Eso, eso; *lonchemos*.

CLARA. Voy á servir á ustedes. (Vase.)

FRUTOS. (Sentándose frente al velador). *Cock tail... Gin toddly... Whisky punch... Wisky...* ¡Ah, no! Me creia aún en los Estados-Unidos (Viendo á Clara con bandeja). ¿Qué traes ahí?

CLARA. Lengua trufada; pavo á la galantina, Jerez...

FRUTOS. ¿Jerez? (Haciendo un gesto despreciativo.)

ANT. ¿Qué? ¿No se bebe Jerez en América?

FRUTOS. Allí no se pone jamás vino en la mesa; agua helada; nada más que agua helada.

ANT. (Vamos, sí; lo irán á beber á la taberna....)

FRUTOS. Aquel es el pais de la sobriedad y de las Sociedades de temperancia. El hombre no debe excederse nunca.

ANT. (Por Deborah.) (La mujer ya es otra cosa.)

FRUTOS. Los individuos pertenecientes á las sociedades de temperancia, se encargan de tasar los placeres. Vas á un café y pides una copa de «Gin toddly» ó de «Whisky;» el mozo te la sirve sin pronunciar una palabra; pides otra y tè la sirve también, y otra, y otra... pero la venintitres ó veinticuatro, no hay quien la tome.

ANT. (¡Claro! Porque ya habrá reventado uno.)

FRUTOS. Miss Deborah, pertenecía á una de esas Sociedades benéficas que tienen por divisa estas palabras sublimes: «Sobriedad» «Templanza.»

DEBOR. (Bebiendo de un trago una copa de Jerez.) Yés.

ANT. (¡Atiza!)

CLARA. Pero, padrino, ¿por qué no nos ha avisado usted su salida?

FRUTOS. ¿Avisar? ¿Crees tú que los Norte-Americanos nos fijamos en esas puerilidades? ¡Avisar! Allí se viaja como el relámpago; sale uno sin saber á donde va; se mete en un tren *chau... chau... chau...* y recorre veinte léguas en dos minutos; del tren se pasa á un vapor *taca tac... taca tac... taca tac;* llega uno al puerto, *catapum* otra vez al tren *tiquitaqui... tiquitaqui... tiquitaqui...* y sin saber cómo se encuentra uno á doscientas léguas de su casa en cuatro ó cinco horas.

ANT. ¡Es admirable!

FRUTOS. ¿Pués y las casas? ¿Y las calles? ¿Y las fondas?...

DEBOR. ¡Aoh! ¡Confortable! ¡Mañífico!

FRUTOS. Estás en tu cuarto y necesitas... cualquier cosa; un calzador, por ejemplo; no haces más que tocar un resorte y tu voz va á parar al otro extremo del hotel, diciendo: «Don Antoñito necesita un calzador.» Inmediatamente se abre un ahujero en la pared y el calzador aparece. ¿Quieres que te cepillen? Aprietas otro resorte y del techo baja una escoba chiquita, que empieza á cepillarte amorosamente, como podría hacerlo la esposa más amable. ¿Necesitas un baño? Por medio de un boton sobre el cual colocas el dedo, tu

cama queda convertida en bañera. Tocas en este lado y ya tienes periódico; en aquél, y se apaga la vela; en aquél otro, y se enciende. ¿Necesitas mudarte? no haces más que colocar la cabeza debajo de un aparato especial y tu ropa desaparece; oyes un ruido debajo de la puerta y ves que sale una camisa limpia...

DEBOR. ¡Aoh! ¡Shocking! (Se desmaya.)

CLARA. ¿Qué tiene esta señora?

ANT. Se ha desmayado.

FRUTOS. ¡Ah! ¡Torpe de mí! He hablado de la camisa, y el pudor... ¡Es una nación tan púdica! Miss... miss.

ANT. No es el pudor, yo creo que es el vino... (Á Clara.)

CLARA. Silencio. (Á Antoñito.)

FRUTOS. Vamos, miss; tranquilicese usted. Yo le pido perdón... ¡Qué hermoso ejemplo de virtud! Tal vez con un poco de aire... (Va á abrir la ventana.)

ANT. (Estornudando.) ¡Achiss! Ya pillé otro.

FRUTOS. ¿Está usted mejor?

DEBOR. Yés...

FRUTOS. Clara, conduce á miss al jardín, para que se ventile.

CLARA. ¿Vamos? (Ofreciéndola el brazo.)

DEBOR. ¡Aoh! No. Yo gosto mucho de mi acompañar éste. Antoñito.

FRUTOS. Anda, hijo; llévala tú.

ANT. (¡Caramba! (Tose.) Voy á pillar otro.)

DEBOR. Permita osté que mi apoye fuerte.

ANT. Sí, sí, con toda confianza. (Estoy por tirarla al estanque.) (Vanse, foro.)

ESCENA V.

D. FRUTOS y CLARA.

FRUTOS. Ahora hablemos de nosotros.

CLARA. Ante todo deseo saber el resultado de su viaje.

FRUTOS. Excelente.

CLARA. ¿Tiene usted el consentimiento?

FRUTOS. ¿De mi hermano? No; todavía no... porque se murió

hace cuatro meses.

CLARA. ¡Ah!

FRUTOS. Se conoce que ha querido morirse sólo por llevarme la contraria. Era un salvaje; no es porque sea hermano mío, pero como salvaje lo era. Esto no le impidió montar en Nueva-York una gran carpintería mecánica dedicada especialmente á la construcción de casas de madera.

CLARA. ¿Casas de madera?

FRUTOS. Allí eso es cosa corriente. Compras una casa y la colocas donde mejor te parece. Hoy aquí, porque va á pasar un amigo y quieres saludarle; mañana allí, porque está más cerca del estanque en que acostumbras á bañar al perro... En fin, durante mi estancia en Nueva-York, cuatro ó cinco ladrones se llevaron una casa.

CLARA. ¿Una casa?

FRUTOS. De dos pisos, con jardín y cochera. ¡Oh, qué pueblo aquél! ¡Qué hermoso pueblo!... Pues bien; no me ha costado gran trabajo obtener noticias de mi hermano. Me fuí á una agencía averiguadora, y allí supe que Restituto había estado casado. Una boda que hizo mi tío en uno de sus viajes. Su mujer murió antes que él, pero han dejado un hijo.

CLARA. Y ese hijo... ¿le ha visto usted?

FRUTOS. No; porque hace tiempo que reside en California. Se fué á los veinte años sin decir adios. No he visto gente más previsora que los norte-americanos; casi todos tienen le precaución de dejar hijos para que les hereden.

CLARA. ¿De manera que no ha podido usted arreglar definitivamente su asunto?

FRUTOS. ¿Querías que me fuese á California? He hecho algo mejor que eso, y fué poner un anuncio en los periódicos que decía así: «Don Frutos Madapolán y Rodríguez, propietario, desea saber si su sobrino Jonatás »Madapolán Boiton, hijo de Restituto Madapolán, de »Nueva-York, está todavía en el mundo, y sólo en

»este caso le invita á contestar. Se trata de una he-»rencia.» Después las señas de la fábrica de pastas, y nada más.

CLARA. ¿De la fábrica?

FRUTOS. Sí, porque mañana mismo nos instalamos en ella, donde espero la contestación.

CLARA. ¿Y si no contesta?

FRUTOS. Un norte-americano contesta siempre... cuando se trata de cobrar. Es gente muy positiva. Yo tengo mi plan. Empiezo por proponerle la asociación, y concluyo por casarle con Gabriela. Ya me parece estar leyendo la razón social: «Madapolán, hermanos y sobrino, »fábrica de pastas alimenticias y almidones. Barrio de »Pozas.—Madrid.»

CLARA. Ahora falta que Gabriela le acepte como marido.

FRUTOS. Gabriela hará todo aquello que redunde en beneficio de la fábrica. Yo la haré comprender...

CLARA. No es tan fácil de gobernar como usted se figura. Durante su ausencia de usted no he podido obligarla á que cumpliese sus deberes. Prefiere las novelas á la costura. Por su gusto saldría todos los días á los paseos, á los teatros...

FRUTOS. ¿Y qué?

CLARA. ¿Cómo?

FRUTOS. Mira, Clara, tú eres una buena chica, trabajadora, honrada, juíciosa; pero no me casaría contigo aunque me dieras todo el oro del mundo.

CLARA. ¿Qué dice usted?

FRUTOS. Digo qne con ese sistema de educación, llegarías á hacer la desgracia de tus hijos, si los tuvieras. Tú representas la rutina, el oscurantismo, la Edad Media. ¡Privar á la juventud de la lectura y de los demás placeres, es privarla del aire y de la luz.

CFARA, Pero, padrino...

FRUTOS. Vengo de un país libre, donde las mujeres viajan solas durante meses enteros, donde reciben á los hombres siempre que quieren y cuando quieren; y si se me-

ten en el tranvía y están los asientos ocupados, van á sentarse modestamente sobre las rodillas de los viajeros.

CLARA. ¡Qué atrocidad!

FRUTOS. Todo lo que quieras; pero mi hija va á ser *yankée* en sus costumbres. ¿Qué diría mi sobrino si yo le propusiera para esposa una mujer vulgar, de esas que no saben decir más que mamá y papá, como las muñecas de resorte? Nada, nada, quiero que mi hija sea una mujer resuelta, viril, superior, educada á la inglesa y á la americana, una mujer en libertad.

ESCENA VI.

DICHOS, GABRIELA, GERTRUDIS, ANICETO, después DEBORAH y ANTOÑITO.

GAB. ¡Papá... papá!...

FRUTOS. ¡Hija mia... ven, abrázame!

GAB. Con toda mi alma. (Se abrazan)

GERT. ¡Frutos!

FRUTOS. ¡Gertrudis! (Abrázanse.) ¿Y tu marido?

ANIC. Aquí me tienes.

FRUTOS. ¡No sabeis lo contento que estoy! Por supuesto, la cosa está arreglada.

ANIC. ¡Bravo!

CLARA. (¡No salgo de mi asombro!)

FRUTOS. Traigo regalos para todos.

GAB. ¿Á ver?

FRUTOS. Un colibrí disecado para Clara, una biblia mormona para tí, (Por Doña Gertrudis.) y un traje de indio bravo para Aniceto.

GAB. ¿Y para mi?

FRUTOS. Para tí una caja llena de chucherías, y además una señorita.

GAB. ¿Cómo?

FRUTOS. Héla aquí. (Por Miss Deborah, que entra del brazo de Antoñito por el foro.)

GAB. (¡Ay, Antoñito!)

ANT. (Aquí está ella.)

FRUTOS. Es una institutriz, hija mía, una institutriz americana...

GERT. ¿Una americana? ¡Una mujer libre! (Mirándola atentamente.)

FRUTOS. Completamente libre en su educación y en sus costumbres.

ANIC. (¡Una mujer de costumbres libres! ¡Qué horror!)

FRUTOS. Que viene á prestar á mi hija luces, educación y abrigo.

ANIC. (Vamos, sí, una americana de invierno.)

GERT. Aniceto, saluda á esta señorita. Ese es el porvenir.

ANIC. (Un porvenir un poco pasado...) (Á Deborah.) Señorita...

DEBOR. (Á D. Frutos) Yo deseo, de mi haser osté la prisentasión...

FRUTOS. Al momento. Señores, tengo el honor de presentarles á Miss Deborah...

DEBOR. ¡Yés!

FRUTOS. Un sér excepcional.

DEBOR. ¡Yés!

FRUTOS. Un sabio de la clase de hembras, consagrado ó consagrada á la educación de las señoritas, y conocido ó conocida en toda la América del Norte por su notable novela histórica *Mesalina*, destinada á la instrucción de la juventud honesta. La doctora Deborah, hija mía, ha presidido tres *meetings* femeninos en Boston sobre la necesidad de enseñar á la mujer Álgebra superior y lenguas vivas. Oradora y literata, brilla lo mismo por su pluma que por su lengua...

GERT. ¡Magnifico, magnífico!

FRUTOS. Ahora va á hablar; ya verán ustedes qué pico tiene.

DEBOR. *Misstres* y *gentlemen*... mi me sienta conmovido de la discursamienta de este Frutos, padre de Grabiela... *What is it in* español. *Yés*... satisfacsión.

ANIC. (Maldito si le entiendo una palabra.)

GERT. No se esfuerce usted, Miss; la entendemos á usted con el corazón.

CLARA. Va á ser preciso tomar una institutriz que la enseñe á hablar el español. (Á Antoñito.)

FRUTOS. Y ahora, hija mía, voy á darte una gran noticia. Mañana nos instalamos en la fábrica.

GAB. ¿Con que se ha arreglado todo?

FRUTOS. Casi todo... y allí libertad absoluta. ¿Me has entendido?

GAB. No.

CLARA. (Á D. Frutos.) Pero, padrino...

FRUTOS. Desde hoy eres norte-americana completa.

GAB. ¿Y eso, qué es?

GERT. Una mujer que puede hacer todo cuanto se le antoje.

GAB. ¡Ay, qué gusto!

ANT. (¡Carambita!)

ANIC. (Vamos, como mi mujer...)

CLARA. (Mi padrino se ha vuelto loco.)

DEBOR. La moguer debe tener libertad como el hombro.

GERT. No, más que el hombre.

FRUTOS. En América la mujer está por encima de nosotros. (Á Aniceto.)

ANIC. ¿En América, eh!

GAB. ¿De manera que tú me autorizas?...

FRUTOS. Te autorizo. Educación norte-americana en todo su desarrollo.

GAB. Antoñito, ya lo oyes. Desde hoy puedes amarme con toda franqueza.

ANT. ¿Eh?

FRUTOS. ¿Cómo?

GAB. Sí, papá: Antoñito me ama, ¿no es cierto?

ANT. Sí... creo que sí.

FRUTOS. (¡Demonio! ¿Y cómo la caso con el primo?)

GERT. Yo aplaudo tu determinación. La mujer no debe reprimir jamás sus ímpetus, ¿no es cierto, Miss?

DEBOR. Yés.

FRUTOS. Pero, escucha, hija mía, no te precipites...

GAB. Soy norte-americana, papá.

FRUTOS. Sí, pero...

GAB. Antoñito, puedes cogerme la mano.

ANT. (Vaya si la cogeré.) (La coge.)

GAB. Y ahora, á paseo.

FPUTOS. Escucha...

GAB. (Cogiendo á Antoñito del brazo.) Abur.

GERT. ¡Qué hermosa independencia!

DEBOR. Yés.

ANIC. (Saca los mismos instintos de su tía.)

FRUTOS. (Desde el foro.) ¡Gabriela, oye!...

CLARA. Déjela usted, padrino. Hágase usted la cuenta de que estamos en Nueva-York.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salón en el piso bajo de la fábrica. Puerta al foro en segundo término; un armario, una mesa con libros, un costurero. En uno de los lados de la escena otra puerta que conduce á las habitaciones interiores. Otra que da sobre el jardin; sofá, sillas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

D. FRUTOS y JUAN.

FRUTOS. Las doce y media... Me parece que ya es hora de almorzar. (Llamando.) ¡Juan! ¿Dónde está la señorita?

JUAN. Ha salido.

FRUTOS. ¿Á dónde?

JUAN. La señorita no dice nunca á donde va.

FRUTOS. ¿Y miss Deborah?

JUAN. Está en su laboratorio. (Vase.)

FRUTOS. ¡Esto es demasiado! Desde el día en que nos instalamos en la fábrica, no he podido hacer una comida á mis horas, y hoy tengo un hambre canina... ¿Pero, dónde diablos andarán esas mujeres?... ¡Ah! (Bostezando.)

ESCENA II.

D. FRUTOS y CLARA.

CLARA. (Con varios periódicos y cartas.) Aquí está el correo.

FRUTOS. ¡Ah! ¿eres tú? Vamos á almorzar.

CLARA. Aun no ha vuelto Gabriela.

FRUTOS. ¿Pero, dónde anda esa chica?

CLARA. Está cazando codornices en los cuatro caminos.

FRUTOS. ¿Cazando?

CLARA. Sí; ha salido á las ocho de la mañana con Antoñito. ¡Estoy más intranquila!...

FRUTOS. ¿Por qué?

CLARA. Porque puede ocurrirles una desgracia. Padrino, yo creo que hace usted mal en conceder á Gabriela una libertad tan absoluta.

FRUTOS. La libertad es la base de la educación americana.

CLARA. Deje usted hacer á los americanos lo que gusten, pero no se empeñe en imitarlos. No es conveniente que una señorita ande sola por todas partes, al menos en España, donde los hombres son muy atrevidos... excepción hecha de Antoñito.

FRUTOS. Bien, bien. Ahora lo más esencial es que almorcemos... Dile á Juan que vaya en busca de mi hija.

CLARA. ¡Como si fuera cosa tan fácil encontrarla!

FRUTOS. Que la busque; para eso le pago.

CLARA. Se hará lo que usted quiere. (Vase.)

FRUTOS. Esta no puede entrar por la educación americana. ¡Espíritu pequeño! Imaginación rutinaria... (Viendo aparecer á Aniceto.) ¿Vienes solo?

ESCENA III.

D. FRUTOS y D. ANICETO.

ANIC. Sí; tu hermana está escribiendo un artículo para su *órgano*.

FRUTOS. Mejor haría en preparar el almuerzo. (Se pone á hojear los periódicos.)

ANIC. ¡Ay! ¡Estoy rendido! (Se deja caer en el sofá.) Hoy me he levantado á las cinco; he regado el jardín! he dado de comer á los canarios; he puesto torcida á las lámparas.

FRUTOS. ¿Y habrás fregado los suelos?

ANIC. Todavía no; pero los fregaré al paso que vamos.

FRUTOS. Mi hermana siempre ha sido así.

ANIC. ¿Así de grande?

FRUTOS. No; cuando nació era más pequeña, pero siempre ha tenido instintos masculinos.

ANIC. Mucho, muy masculinos. ¡Si fuera á llevar la cuenta de todas las bofetadas que me dió en este mundo!

FRUTOS. ¡Un hombre que se rebaja hasta el extremo de tomar la cuenta de la lavandera!

ANIC. ¡Si vieras qué mala gente es! El otro día eché á lavar una colcha de crochet ¿y que creerás que me devolvió?

FRUTOS. Yo que sé.

ANIC. Unos calzoncillos de baño, porque dice que la ropa, de tanto lavarla, cambia muchísimo. Apropósito de ropa ¿no tendrás por ahí un botón?

FRUTOS. ¿Para qué?

ANIC. Me falta uno en esta manga. (Registra el costurero.) Aquí hay uno... voy á pegármelo. (Coge hilo y aguja. Pausa. Se quita la levita y empieza á coser el botón.)

FRUTOS. (Levantándose agitado.) ¡Ah!

ANIC. ¿Qué sucede?

FRUTOS. Una gran noticia. Nuestro sobrino...

ANIC. ¿Ha muerto? (Con ansiedad.)

FRUTOS. Vive... oye. (Leyendo.) «Jonatás Madapolan Briton, hijo de Restituto, hace saber á su tío Frutos que no ha muerto.»

ANIC. ¡Nos ha fastidiado.

FRUTOS. (Leyendo.) «Está en Stochon (California) donde tiene un taller de carpintería, que es sin disputa el mejor y

el más acreditado de los Estados-Unidos. Precios económicos; se reciben encargos por el correo.» Ya ves; aprovecha la ocasión para hacer un reclamo. Es un verdadero *yankee*.

ANIC. Sí. Que nos viene á dividir.

FRUTOS. (Leyendo.) «Y se propone estar en Madrid á principios de Octubre próximo...» ¿De Octubre?... Va á llegar al mismo tiempo que su anuncio.

ANIC. ¡Hombre! Alégrate si te parece...

FRUTOS. Justo; llegará ahora.

ANIC. ¡Viene á quitarnos la tercera parte de la herencia! ¡Un millón trescientos treinta y tres mil, trescientos treinta y tres reales, con treinta y tres céntimos!

FRUTOS. Valor, Aniceto. No hay que ver las cosas por el lado peor.

ANIC. Es verdad; todavía nos queda el recurso de un naufragio.

FRUTOS. ¿Supongo que no querrás que se ahogue tu sobrino?

ANIC. Hombre, te diré: como sobrino lo hubiera sentido mucho, pero como heredero... En fin, si se quisiera ahogar buenamente ¿qué le habíamos de hacer?

FRUTOS. Tengo un plan salvador. Ese joven se sorprenderá al ver implantadas en esta casa las costumbres de América, y mi hija no podrá ménos de agradarle... ¡Los caso! ¡Vaya si los caso!

ESCENA IV.

DICHOS y GERTRUDIS, que entra leyendo.

FRUTOS. (Por Gertrudis.) Ya está, aquí está. (Aniceto pega el botón sentado junto al velador.)

GERT. (Leyendo abstraída.) Patología de las mujeres.

FRUTOS. Gertrudis...

GERT. Fisiología de las mujeres.

FRUTOS. ¡Gertrudis!...

GERT. Idiosincrasia de las mujeres.

FRUTOS. ¿Pero, quieres escucharme?

GERT. (Sin mirarle.) Habla; ya te oigo.

FRUTOS. ¿No te parece que es hora ya de que almorcemos?

GERT. Siempre has de estar pensando en satisfacer las grogroseras necesidades del cuerpo.

FRUTOS. Y tú también debias pensar en ello, porque al fin y al cabo los asuntos de cocina son de vuestra incumbencia. Una mujer....

GERT. Ya sabes que rechazo tal nombre. ¡Sentir dentro de sí la energía, la voluntad y la fuerza de un hombre y languidecer de tedio bajo estos vestidos! Ser la esclava, la propiedad, la *cosa* de don Aniceto Cobarrubias!...

ANIC. (La mia desgraciadamente.)

GERT. ¡Oh, no! Nunca me acostumbraré á ser mujer.

ANIC. Pues yo te aseguro que eres del género femenino.

GERT. El género está aquí. (Dándose una palmada en la frente.)

ANIC. ¡Mujer! Ahí precisamente... (Oyese un tiro.)

FRUTOS. ¡Demonio!

ANIC. (Levantándose sorprendido.) ¡Ha sido en el jardin!...

GERT. (Con desprecio.) ¡Asustadizos como conejos! ¡Hombres al fin!

ESCENA V.

DICHOS y CLARA, después GABRIELA y ANTOÑITO.

CLARA. ¿Qué ha pasado?

FRUTOS. No sabemos...

GAB. (En traje de caza y con escopeta á la espalda.) Ya estamos de vuelta.

FRUTOS. ¡Buen susto nos has dado!

CLARA. ¿Cómo has venido tan tarde?

GAB. (Sin contestar.) Antoñito... La escopeta... (Le da la escopeta y el morral.)

ANT. Nos hemos entretenido buscando una codorniz. Cuando la teniamos al alcance de la escopeta, se escondió entre las ramas...

FRUTOS. (Á Gabriela.) En adelante te prohibo ese ejercicio impropio de tu sexo.

ANT. ¡No, si Gabriela no tiene sexo! Caza como un hombre.

GAB. ¿Te prohibo? ¿Qué palabra es esa?

FRUTOS. Soy tu padre.

GAB. ¡Quiá!

FRUTOS. ¿Cómo? ¿Qué no soy tu padre?

GAB. Digo que no acato la prohibición. ¡Soy norte-americana!... Antoñito. Á las tres, aquí. Vamos á pescar á la Casa de Campo.

GERT. ¡Qué hermosa independencia!

CLARA. (Esto es espantoso.)

ANT. (¡Caramba! ¡El caso es que está aquello tan húmedo!... ¿Pero, qué le hemos de hacer?) Vaya, queden ustedes con Dios. (Vase.)

GAB. Á las tres en punto.

CLARA. (¡Pobre muchacho!)

ESCENA VI.

CLARA, GERTRUDIS, GABRIELA, FRUTOS, ANICETO y DEBORAH.

DEROB. ¿Qué ha pasado? ¿Se han amotinado los *trabacadores*?

FRUTOS. Se ha amotinado mi hija, que es mucho peor.

DEBOR. ¡Aoh!

FRUTOS. Y usted tendrá que hacerle comprender la obediencia que debe á su padre.

DEBOR. No.

FRUTOS. ¿Cómo que no?

DEBOR. Yo la enseñaré la química, la medicina y las ciencias naturales; pero no *quierro* enseñarle la servidumbre.

GERT. ¡Oh, qué elevación de ideas!

ANIC. (Chúpate esa.)

FRUTOS. (Me parece que esta *miss*, no va á beber mucho Jerez en mi casa.)

CLARA. (Á Gabriela.) Pero, mujer...

GAB. (Á Clara.) Déjame en paz.

FRUTOS. Ea; á almozar. (Seamos galantes.) (Va á ofrecer el brazo á Deborah y ésta lo rechaza.)

DEBOR. He recorrido los Estados-Unidos desde New-York á San Francisco de California, sin el auxilio de nadie. (Pasa

majestuosamente por delante de D. Frutos. Después éste da el brazo á Gertrudis que también lo rechaza con desprecio.)

FRUTOS. (Lo dicho; no beberá mucho Jerez.)

ANIC. (Cogiéndose del brazo de D. Frutos.) Dame á mí el brazo, porque según voy viendo aquí no hay más mujeres que nosotros. (Vanse del brazo.)

ESCENA VII.

JUAN, y después JONATÁS.

Juan recoge los chismes de caza. En este momento aparece Jonatás en traje de camino, con una maleta y un gran bastón en una mano y en la otra una cadena que sujeta un enorme perro de Terranova.

JUAN. Algunas veces llego á creer que la señorita es hombre por la parte de adentro. (Aparece Jonatás.) ¡Ah! ¿Qué se le ofrece á usted?

JONAT. Está en casa don Frutos Madapolán?

JUAN. Sí señor. ¿Qué deseaba usted?

JONAT. Dígale usted que quiere verle su sobrino.

JUAN. ¿Su sobrino? Voy... (Vase.)

ESCENA VIII.

JONATÁS, después CLARA, GERTRUDIS, GABRIELA, FRUTOS ANICETO y JUAN.

JONAT. (Examinando la casa.) ¡Qué mal construído está todo esto! Tabiques de ladrillo; maderas de pino en las medianerias... Y á esto llaman los españoles una casa... Decididamente habrá que edificarla de nuevo. (Al perro.) ¡Quieto, Tom!

FRUTOS. (Desde la puerta.) Allí le teneis. ¡Quién piensa en almorzar!... Allí está el ciudadano de la jóven América. El hombre moderno, el hombre libre. (Dirigiéndose á Jonatás con los brazos abiertos.) ¡Sobrino!

JONAT. (Con indiferencia.) ¡Ah! ¿Es usted mi tío? (Á Juan.) Mu-

chacho. Encárguese usted de este perro.

FRUTOS. Lo primero que se le ocurre es pensar en su perro... ¡Qué hombre más práctico!...

JONAT. (Al ver que le miran todos con curiosidad.) ¡Me miran ustedes como si yo fuese un bicho raro!...

FRUTOS. Es la admiración, Jonatás; la admiración que causa todo lo desconocido.

JONAT. ¡Ah! ¿Pero dónde diablos se ponen aquí las maletas? (Arroja la maleta sobre el sofá.)

GAB. (Es un cafre.)

FRUTOS. Tengo el gusto de presentarte á tu tía Gertrudis.

JONAT. ¿Esta vieja?

GERT. (¿Habrá salvaje?)

ANIC. (¡María Santísima! ¡Se lo va á comer!)

FRUTOS. ¿Pero no la abrazas?

JONAT. Más adelante; cuando tengamos más confianza.

FRUTOS. (Ap. á Gertrudis.) No te incomodes: los americanos parecen brutos; pero después...

ANIC. (Sí; después son mucho más brutos todavía.)

FRUTOS. Mi hija Gabriela. (Con enfásis.) ¡De allá!

JONAT. ¿Cómo de allá?

FRUTOS. Educada á la americana. Una joven en libertad.

ANIC. (Como los caballos del Circo.)

JONAT. ¿Y este hombrecillo?

FRUTOS. Tu tío Aniceto; esposo de Gertrudis.

JONAT. Parece un perro ratonero.

ANIC. ¿Cómo?

FRUTOS. (Á Aniceto.) Ríete, hombre. Estas son bromitas de los norte-americanos.

JONAT. ¿Y esta señorita?... (Por Clara.)

FRUTOS. Mi ahijada.

JONAT. (Es muy guapa.)

CLARA. (Cómo me míra.)

JONAT. Ante todo, tío, doy á usted las gracias por haberme avisado lo de la herencia.

FRUTOS. ¡Oh! en materia de negocios soy un verdadero *yankee*.

JONAT. ¿De modo que esta es mi casa? (Mirando á su alrededor.)

ANIC. (Rectificando.) La nuestra.

FRUTOS. (Á Aniceto.) Hombre, sí; la suya y la nuestra.

JONAT. ¿Qué dice ese vejete?

FRUTOS. No le hagas caso. Dice que la casa es nuestra; es decir, de los tres.

JONAT. ¿De los tres?

FRUTOS. Está claro. Gertrudis, tú y yo somos los únicos herederos.

JONAT. Pues no está claro. El único heredero soy yo.

FRUTOS. ¿Tú?

JONAT. Yo solo.

TODOS. ¿Solo?

ANIC. (Á Frutos.) ¿Supongo que ésta será también una bromita de los americanos?

FRUTOS. El asunto no es de los que pueden tomarse á broma. ¡Canario! (Á Jonatás.) Demasiado sabes que se trata de la herencia de nuestro Venancio.

JONAT. En efecto.

FRUTOS. Muerto *ab intestato.*

JONAT. Sí.

ANIC. ¡Vamos, lo confiesa! (Animándose.)

FRUTOS. ¡Si no podía ser menos!... (Sonriendo.)

JONAT. Pero existe una donación hecha en vida del difunto, por la cual nombra heredero universal á mi padre. He aquí el documento.

FRUTOS. (Leyendo el documento.) ¡Dios mio!

ANIC. ¡María Santísima!

GERT. ¡Ay, yo me ahogo!

CLARA. (¡Qué desgracia!)

FRUTOS. (Cayendo en el sofá.) ¡Arruinado! (Las mujeres á excepción de Clara caen desmayadas.)

JONAT. (Después de doblar tranquilamente el papel.) Tienen ustedes diez minutos para volver del desmayo y desalojar la casa. Voy á examinar los talleres. (Vase.)

ESCENA IX.

TODOS, menos JONATÁS.

FRUTOS. (Con desesperación cómica.) ¡Cuando pienso en que yo mismo le hice venir de California!

ANIC. (Parodiando á D. Frutos.) ¡El hombre moderno! ¡El ciudadano de la joven América!... El oso, digo yo.

FRUTOS. Hay que intimidarlo.

GERT. Nada lograreis.

GAB. De seguro.

GERT. El hombre es el sér más inútil de la creación.

ANIC. (Ya me está aludiendo... No, pues me coge de un humor...)

GERT. Lo que ellos no puedan hacer lo haré yo.

GAB. ¿Cómo?

GERT. Con la elocuencia. Vámonos.

CLARA. (También yo tengo mis armas.) (Vanse.)

ESCENA X.

FRUTOS, ANICETO, después JONATÁS.

FRUTOS. (Cogiendo un libro.) Consultemos la ley.

ANIC. ¡La ley no tiene entrañas!

FRUTOS. Pero ese salvaje debe desconocer nuestra legislación.

ANIC. Silencio. Aquí viene. (Hacen que no le ven y hablan aparte.)

JONAT. ¿Hola? ¿Están ustedes dando un repasito á las leyes del país?

FRUTOS. ¿Quién te ha dicho?...

JONAT. Lo he adivinado.

FRUTOS. ¡Pleitearemos!

ANIC. ¡Vaya si pleitearemos!

JONAT. Y perderán ustedes el pleito y las costas.

FRUTOS. (Á Aniceto.) Hay que conmoverlo.

ANIC. (Á Frutos.) Sí; háblale al corazón.

FRUTOS. Hijo mío. Vas á arrojar de esta casa á tu familia.

JONAT. Yo no tengo familia.

ANIC. ¿Pues no dice que no tiene familia? Y nosotros... ¿no somos tíos?

JONAT. Bueno, sí; son ustedes unos tíos.

FRUTOS. Que mendigarán el sustento de puerta en puerta, por culpa tuya.

ANIC. Y tendrán que andar por las calles tocando la guitarra.

JONAT. Yo no debo nada á nadie. *Cada uno para sí y adelante.* Esta es la divisa americana.

FRUTOS. ¡Buena divisa!

ANIC. Una divisa que nos ha clavado á nosotros en el morrillo, aunque sea mala comparación.

FRUTOS. ¿Pero tú pensarás en casarte?

JONAT. ¡Jamás!

FRUTOS. (¡Jamás!) (Con desaliento.)

ANIC. (¡Estamos perdidos!)

JONAT. Basta de palique. ¿Dónde están los libros de la fábrica?

FRUTOS. (Dándoselos.) Aquí los tienes... (¡Ingrato!)

ANIC. (¡Egoista! ¡hambrón!)

FRUTOS. ¡Pero, Jonatás!...

ANIC. ¡Sobrino!...

JONAT. Soy de roca.

ANIC. (¡Lástima no te cayera una encima!)

JONAT. Lo dicho.

ANIC. Vámonos, Frutos. Este hombre acabará por pegarnos.

FRUTOS. ¡Más pegados de lo que estamos!... (Vuelven á suplicar á Jonatás: éste se enfurece y Frutos y Aniceto se van dando muestras de desesperación verdaderamente cómica.)

ESCENA XI.

JONATÁS, después GERTRUDIS.

JONAT. (Sumando en el libro.) Diez y quince, veinticinco, y siete

treinta y dos. (Aparece Gertrudis.) La literata. (Hace como que no la ve.)

GERT. Jonatás... Yo no trataré de intimidarte ni de conmoverte. No te diré nada.

JONAT. Gracias; es usted una persona razonable... y ocho setenta...

GERT. Pero examinaré la cuestión desde su aspecto filosófico y social. Las leyes han dejado desamparada á la mujer. Registra la historia. ¿Cómo ha sido considerada la mujer en todas las épocas? Esclava en los tiempos antiguos; sierva en la Edad Media, la mujer no ha podido nunca contratar, ni adquirir, ni dar, ni escribir, ni pensar, ni hablar...

JONAT. (Impaciente.) ¿Ni hablar? ¡Caracoles!

GERT. Fíjate, por lo pronto, en la mujer antigua...

JONAT. (Mirándola fijamente.) Ya me fijo.

GERT. Esa alusión á mi edad es del peor gusto.

JONAT. ¡Vaya! Déjeme usted repasar estas cuentas... y nueve, ciento siete.

GERT. ¿Es decir que respondes á mis razones con insultos?

JONAT. ¿Yo?

GERT. Jonatás, eres un cafre.

JONAT. Y ocho ciento veintisiete.

GERT. (Exasperada.) Pero yo no sufro insultos de nadie, ¿entiendes?

JONAT. Entiendo.

GERT. Y si Aniceto no te pide una reparación, porque al fin es débil como todo hombre, te la pediré yo.

JONAT. Corriente.

GERT. (Con ademán trágico.) Acuérdate de Madame Clovis Hugues. (Vase.)

ESCENA XII.

JONATÁS, después CLARA.

¡Gracias á Dios que me han dejado solo! (Cierra la puerta.) Esta es una casa de locos... (Mira el relój.) ¡De-

monio! Las tres y no he almorzado todavía. ¿Dónde está mi maleta? Vamos á sacar las provisiones. (Saca de la maleta salchichón, pan y una tetera.) Veamos si está corriente la tetera... ¿Quién anda ahí?

CLARA. (Fuera.) Dispense usted, soy yo.

JONAT. (Abriendo.) (¡Ah, la ahijada de mi tío!)

CLARA. Perdone usted, caballero; vengo á buscar un baul.

JONAT. ¿Para marcharse?

CLARA. Sí, señor.

JONAT. En ese caso, sáquele usted.

CLARA. (Se dirige al gabinete.) Es usted muy amable, (Abre la puerta del gabinete.) Aquí está.

JONAT. (Preparando la tetera, Clara trata de arrastrar el baul.) ¿No puede usted?

CLARA. Es tan pesado...

JONAT. Deje usted, yo le traeré. (Coge el baul y le deposita en el centro del escenario.) (Cada vez me va pareciendo más bonita.)

CLARA. Muchas gracias.

JONAT. (Dejando el baul en el suelo.) ¿Qué va usted á meter ahí?

CLARA. La ropa blanca que está en el armario.

JONAT. ¿Es usted la encargada de los asuntos domésticos? (Se dispone á echar el té en el agua.)

CLARA. ¿Por qué no calienta usted el agua?

JONAT. No soy delicado.

CLARA. No se necesita ser delicado para hacer bien las cosas. ¿Quiere usted que le haga yo el té? (Clara va hacia el fondo, llama á Juan pidiendo agua caliente, que ésto trae. Clara hace el té.)

JONAT. No tengo inconveniente.

CLARA. ¿Dónde va usted á almorzar?

JONAT. Aquí. (Por la mesa.)

CLARA. ¿Sin mantel?

JONAT. ¡Bah!

CLARA. No puedo permitirlo. (Va al armario, saca un mantel y lo extiende sobre la mesa.)

JONAT. ¡Qué lujo! (Trata de ayudar á Clara.)

CLARA. Deje usted, los hombres no sirven para estas cosas. (Saca una servilleta del armario.)

JONAT. (Es una chica muy amable.)

CLARA. (Presentándole una taza de té.) Tome usted. No se vaya usted á abrasar...

JONAT. Pierda usted cuidado... (Pausa.) ¿Cómo se llama usted?

CLARA. Clara.

JONAT. ¡Bonito nombre!

CLARA. ¿Está bueno?

JONAT. Quien ¿el nombre?

CLARA. No, el té.

JONAT. ¡Ah! Excelente. ¿Es usted la encargada de hacer el té á mi tío?

CLARA. Todas las noches. (Va al sitio donde está la maleta.)

JONAT. Pues es un hombre feliz. (Viendo á Clara que está desocupando el armario.) ¡Qué bien puesta está la ropa! (Suspirando. Clara va depositando ropa sobre el sofá.) ¿Quiere usted tomar una taza de té conmigo?

CLARA. No, señor, muchas gracias.

JONAT. ¿Mi tío pagará á usted con explendidez sus servicios?

CLARA. Me ama como á una hija y esto vale más que todo el oro del mundo.

JONAT. ¿Y si se le hicieran á usted proposiciones para quedarse aquí?

CLARA. ¿Aquí?

JONAT. ¿Por qué no he de tener yo una mujer que me haga el té y cuide de mi ropa blanca?

CLARA. Cásese usted.

JONAT. No; eso jamás.

CLARA. Pues entonces...

JONAT. ¿Cuánto sueldo quiere usted por cuidar mi casa? (Acercándose y poniendo el pié sobre el baul.)

CLARA. Eso es imposible: No tengo aun la edad de las amas de gobierno, y además... (Clara se dirige al armario.)

JONAT. ¿Y además? (Siguiéndola.)

CLARA. Hay otra razón.

JONAT. ¿Otra razón?

CLARA. Mi padrino tiene necesidad de mí ahora más que nunca.

JONAT. Sea; me pasaré sin usted.

CLARA. No lo dudo.

JONAT. (¡Esta chiquilla comienza á impacientarme!) Jonatás empieza á colocar ropa en el baul.)

CLARA. Ponga usted los manteles en el fondo.

JONAT. ¿Y si mi tío quedase en la fábrica?

CLARA. Si él se quedase... como yo no he de abandonarle... (Va hacia el armario.)

JONAT. Si me fuese útil en algo, yo no le echaría.

CLARA. Ya lo creo que podrá ser útil; usted necesita un socio, un gerente...

JONAT. Pues que se quede. (Saca la ropa blanca del baul.)

CLARA. ¿Con su hija?

JOTAT. ¿Con esa muchacha impertinente y mal criada? De ningún modo. (Echa la ropa en el baul con señales visibles de mal humor.)

CLARA. (Vuelve á arreglar el baul.) Entonces no hay que pensar en ello; ya comprenderá usted que mi padrino no va á separarse de su hija.

JONAT. (¡Que se vaya cuando quiera!) (Se pasea con impaciencia.)

CLARA. ¿Tiene usted la bondad de alcanzarme esas tohallas que están en el último estante.

JONAT. No soy criado de usted.

CLARA. Es cierto. (Va á levantarse y Jonatás se apresura á traer lo qne pide.)

JONAT. Tome usted. (Ap.) (Esta chica hace de mí cuanto quiere.)

CLARA. ¿Si usted fuera tan amable que me ayudara á colocar esta ropa?...

JONAT. (Se pone de rodillas al lado del baul.) Con mucho gusto.

CLARA. ¿Conque quedamos en que mi padrino y su hija seguirán viviendo aquí?

JONAT. No, la hija no. (Mientras Clara coloca la ropa, Jonatás la

va sacando del baul y poniéndola en el suelo.)

CLARA. (Cogiendo la ropa que ha sacado Jonatás.) Bueno, bueno.

JONAT. Que se quede también la muchacha.

CLARA. Ajajá. Es usted un hombre razonable. (Se levanta.) Voy á avisar á mi padrino y á don Aniceto...

JONAT. Alto ahí. No hemos hablado para nada de ese vejète ridículo.

CLARA. ¿Cómo? ¿Tendría usted valor para separar á unos hermanos que se aman?

JONAT. Sea, que se quede Aniceto; pero solo.

CLARA. Eso es... ¿Va usted á divorciar á dos esposos amantísimos?... (Vuelve á meter la ropa en el baul.)

JONAT. ¿Pero quiere usted desesperarme? (Deteniéndola y sacando la ropa del baul.) Con esa mujer no transijo.

CLARA. Corriente! no hablemos más del asunto. (Vuelve á meter la ropa y se dispone á arrastrar el baul.)

JONAT. ¡Eso es! No podía usted moverlo cuando estaba vacío y quiere usted levantarlo ahora que está lleno...

CLARA. Es cierto, voy á avisar para que me ayuden. (Hace que se va.)

JONAT. No, no saldrá usted de aquí. (Deteniéndola.)

CLARA. ¿Cómo?

JONAT. No quiero que usted se vaya. (Va á cogerle la mano.)

CLARA. ¡Caballero!

JONAT. Usted me ha trastornado el juicio. Yo la amo á usted

CLARA. ¡Qué cambio!

JONAT. Por primera vez en mi vida siento el hastío de la soledad. Mándeme usted; impóngame usted todas las condiciones que guste.

CLARA. ¿Consiente usted en que se quede también doña Gertrudis?

JONAT. (Después de vacilar un momento como el que toma una resolución extrema.) Consiento en todo, Clara; en todo hasta en casarme con usted.

CLARA. (¡Gracias á Dios!) (Llamando.) ¡Padrino, padrino! (Corre hacia el foro, seguida por Jonatás.)

JONAT. Esta mujer hace de mí cuanto quiere.

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS, después ANTOÑITO: todos con maletas, sombreros, etc., etc.

FRUTOS. ¿Qué hay!

CLARA. Victoria! Dejen ustedes esos trebejos. Ya no nos marchamos.

TODOS. (Dejando caer las maletas.) ¿Cómo?

CLARA. ¿No es verdad?

JONAT. Pues bien, si; la casa es bastante grande para todos.

FRUTOS. ¿Conque nos cedes tu casa?

CLARA. (Mirándole con coquetería.) Conteste usted.

JONAT. Sí.

ANIC. ¿Y á las mujeres también?

CLARA. (El mismo juego.) Ea, responda usted.

JONAT. También. Tía Gertrudis, ¿quiere usted darme un abrazo?

GERT. ¿Por qué no? (Abrazándole.)

ANIC. (¡Dios mío, qué espantoso sacrificio!)

JONAT. (Á Clara.) ¿Falta algo?

CLARA. Sí.

JONAT. ¡Ah, comprendo! (Rompe el documento de donación.)

FRUTOS. ¡Sobrino!

CLARA. ¡Hermoso corazón!

JONAT. Y ahora, ¿qué me dará usted en cambio?

CLARA. Mi cariño. (Dándole las manos.)

ANT. (Con caña de pescar y un gran sombrero.) ¿Pescamos ó no?

CLARA. No: hasta que ustedes se casen no volverán á salir juntos.

ANT. ¿Por qué?

CLARA. Porque desde hoy vuelvo á recobrar mis derechos de institutriz.

GAB. (Abrazándola.) Sí, Clara.

DEBOR. ¿Y yo?

FRUTOS. Usted se quedará de *tenedora* de libros.

DEBOR. ¡Aoh!

ANIC. ¿De *tenedora*? Será de cuchara.

FRUTOS. Sí, eso es.

ANIC. (Á Gertrudis.) ¿Te parece que quememos á *Nerón*?

GERT. ¡Mi obra maestra! ¡Jamás!

ANIC. No importa, servirá para envolver los fideos de la fábrica.

GAB. (Á Clara.) Pero dime, ¿cómo has conseguido esta victoria? (Señalando á Jonatás.)

CLARA.

He conseguido vencer
con cariño y humildad,
pues le presta á la mujer
tan omnímodo poder
su propia debilidad.

(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA.

Homb.	Mujer.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administración.
7	3	El amigo Fritz—c. t. p.	3	Luis Valdés	Todo.
5	3	El desheredado—c. o. v.	3	Valentin Gomez	»
»	»	Justicia del cielo	3	F. Barbero Garrido	Mitad.
7	2	La blusa	3	Antonio Zamora	Todo.
»	»	La hija del réprobo	3	Valentin Gómez	»
»	»	La vida pública	3	Eugenio Sellés	»
»	»	Lo dit de Deu	3	Manuel Millás	»
8	3	Los frutos del error	3	Pedro Castañer	»
»	»	Rabagás	3	Antonio Zamora	»
8	3	Sangre azul	3	Sres. Gorriz y Sanchez Castilla.	»
»	»	San Sebastian, mártir	3	D. Vital Aza	»

ZARZUELAS.

»	»	¡¡Apchí!!	1	D. Manuel Millás	L.
»	»	Agua y cuernos	1	Sres. M. Pina Dominguez, Búrgos, Chueca y Valverde	L. y M.
5	4	A la cuarta pregunta	1	Garcia Valero y Hernandez	L. y M.
5	2	A la sombra de papá	1	Garcés y Cansino	L. y M.
»	»	A oposicion	1	Santamaría y Reig	L. y M.
3	1	Cantar á tiempo	1	Francisco Alfonso y Hernandez.	1|2 L. y M.
10	5	Caramelo	1	Búrgos, Chueca y Valverde	L. y M.
»	»	Chocolate y mogicon	1	Sres. Palacio, Valverde y Romea	M. y 1| 2 L.
»	»	Clínica	1	Sres. Gorriz y Espino	L. y M.
3	1	Cristóforo Colombo, *ópera*	1	D. Antonio Llanos	M.
»	»	El cajon de sastre	1	Sres. Cocat, Santamaría y Reig	L. y M.
»	»	El cuarto de Rosalía	1	Acevo y Bauzá	L. y M.
»	»	El fantasma	1	Fernandez Terrer y Cortijo	L. y M.
»	»	El hijo del Virey	1	Menuel Millás	L.
10	3	El último tranvía	1	Palacio, Romea y Valverde	M. y 1|2 L
»	»	En la tierra como en el cielo	1	Lastra, Ruesga, Prieto, Chueca y Valverde	L. y M.
»	»	Escenas de verano	1	Isidoro Hernández	M.
»	»	Fiesta torera	1	D. Angel Rubio	M.
»	»	La cancion del beneficio	1	Martínez y Cansino	L. y M.
»	»	La Diva	1	Mariano Pina Dominguez	L.
»	»	La esperanza de un noble	1	Sres. Barbero y Sevilla	M. y 1|2 L.
4	3	La madeja se enreda	1	Lastra y Reig	L. y M.
»	»	La procesion de microbios	1	D. Adolfo Llanos	L.
»	»	Les estrenes	1	Sres J. Such y Sierra	M.
»	»	Los gemelos	1	Gorriz, Rubio y Espino	L. y M.
»	»	Los matadores	1	D. Angel Rubio	M.
»	»	Manía per lo Italiá	1	Sres. J. Such y Sierra	M.
7	5 c.	Mazzantini	1	Infante Palacios y Hernandez	L. y M.
»	»	Melones y calabazas	1	Tomas Reig	M.
»	»	Mi pesadilla	1	D. Isidoro Hernandez	M.
13	4 c.	Medidas sanitarias	1	Sres. Lastra, Ruesga, Prieto, Chueca y Valverde	L. y M.
»	»	Nuestro prólogo	1	Pina, Búrgos y varios maestros.	L. y M.
»	»	Pavo y turron	1	Luceño y Búrgos	L.
3	3	Pérdida	1	D. Isidoro Hernandez	M.
3	1	Por asalto	1	Ramon de Marsal	L.
»	»	Por la culata	1	Cocat y Reig	L. y M.
»	»	Por lo militar	1	Pascual Alba	L.
»	»	Remifá	1	Sres. Barranco Chueca y Valverde,	L. y M.
»	»	Saltó y vino	1	Pablo Barbero	M.
»	»	Será lo que tase un sastre	1	Ibañez, Gomez y Espino	L. y M.
»	»	Un ensayo general ó el portal de los belenes	1	Prieto, Barbera y Reig	L. y M.
»	»	Un domingo en el Rastro	1	Luceño, Chueca y Valverde	L. y M.
»	»	Un Otelo de Chinchon	1	Tomás Reig	M
»	»	Verónica y volapié	1	Beltran Escamilla y Rey	L. y M.
»	»	De Madrid á los Corrales	2	D. Angel Rubio	M.
7	3	El hijo de Dios	2	Sres. Diaz Escobar y Santaolaya	L. y M.
»	»	Niniche	2	M. Pina Dominguez y Espino	L. y M.
»	»	Novillos en Polvoranca ó las hijas de Paco Ternero	2	Vega y Barbieri	L. y M,
»	»	El guerrillero	3	Sies. Arrieta, Llanos, Chapí y Brull	2|3 M.
10	3 c.	El hermano Baltasar	3	José Estremera	L.
9	3 c.	El milagro de la Vírgen	3	P. Dominguez y Chapi	L. y M.
»	»	El príncipe de Viana, *ópera*	3	Capdepon y Grajai	L. y M.
»	»	Los fusileros	3	Pina Dominguez y Barbieri	L. y M.
4	2	Si yo fuera Rey	3	Mariano Pina	1 2 L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado* y de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *Sres. Simon y Compañía*, calle de las Infantas

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS.** PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, **PORTO.** ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, **MILAN.**

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.